

## Homilía

BEATIFICACIÓN DE 498 MÁRTIRES  
DEL SIGLO XX EN ESPAÑA

# Beatificación de 498 mártires del siglo XX en España

28 de octubre de 2007

---

Eminentísimos señores cardenales; excelentísimos señores obispos y hermanos en el sacerdocio; respetables autoridades; hermanas y hermanos en Cristo:

1. Por encargo y delegación del papa Benedicto XVI, he tenido la dicha de hacer público el documento mediante el cual el Santo Padre proclama beatos a 498 mártires que derramaron su sangre por la fe durante la persecución religiosa en España, en los años 1934, 1936 y 1937. Entre ellos hay obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, mujeres y hombres; tres de ellos tenían dieciséis años y el mayor setenta y ocho.

Este grupo tan numeroso de beatos manifestaron hasta el martirio su amor a Jesucristo, su fidelidad a la Iglesia católica y su intercesión ante Dios por todo el mundo. Antes de morir perdonaron a quienes les perseguían —es más, rezaron por ellos—, como consta en los procesos de beatificación instruidos en las archidiócesis de Barcelona, Burgos, Madrid, Mérida-Badajoz, Oviedo, Sevilla y Toledo; y en las diócesis de Albacete, Cartagena, Ciudad Real, Cuenca, Gerona, Jaén, Málaga y Santander.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: «*El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe*» (n. 2473). En efecto, seguir a Jesús significa seguirlo también en el dolor y aceptar las persecuciones por amor al Evangelio (cf. Mt 24,9-14; Mc 13,9-13; Lc 21,12-19): «*Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre*» (Mc 13,13; cf. Jn 15,21). Cristo nos había anticipado que nuestras vidas estarían vinculadas a su destino.

2. El logotipo de esta beatificación, de una importancia notable por el gran número de nuevos beatos, tiene como elemento central una cruz de color rojo, símbolo del amor llevado hasta derramar la sangre por Cristo. Acompaña a la cruz una palma estilizada, que intencionalmente se asemeja a unas lenguas de fuego, en la que vemos representada la victoria alcanzada por los mártires con su fe que vence al mundo (cf. 1Jn 1,4), así como también el fuego del Espíritu Santo que se posa sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, y asimismo la zarza que arde y no se consume (cf. Ex 3,1-6), en la que Dios se presenta a Moisés en el relato del Éxodo y es expresión de su mismo ser: el Amor que se da y nunca se extingue.

Estos símbolos están enmarcados por una leyenda circular, que recuerda un mapa del mundo: «*Beatificación mártires de España*». Dice «*mártires de España*» y no «*mártires españoles*», porque España es el lugar donde fueron martirizados, y es también la patria de gran parte de ellos, pero hay también quienes provenían de otras naciones, concretamente de Francia, México y Cuba. En cualquier caso, los mártires no son patrimonio exclusivo de una diócesis o una nación, sino que, por su especial participación en la cruz de Cristo, Redentor del universo, pertenecen al mundo entero, a la Iglesia universal.

Se ha elegido como lema para esta beatificación unas palabras del Señor recogidas en el Evangelio de san Mateo: «*Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5,14). Como declara el Concilio Vaticano II al comienzo de su constitución sobre la Iglesia, «*Jesucristo es la luz de las gentes*» (*Lumen gentium*, 1); esa luz se refleja a lo largo de los siglos en el rostro de la Iglesia y hoy, de manera especial, resplandece en los mártires cuya memoria estamos celebrando. Jesucristo es la luz del mundo (cf. Jn 1,5-9), que alumbró nuestras inteligencias para que, conociendo la verdad, vivamos de acuerdo con nuestra dignidad de personas

humanas y de hijos de Dios y seamos también nosotros luz del mundo que alumbra a todos los hombres, con el testimonio de una vida vivida en plena coherencia con la fe que profesamos.

3. «*He combatido bien mi batalla, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe*» (2Tm 4,7). Así escribe san Pablo, ya al final de su vida, en el texto de la segunda lectura de este domingo. Con su muerte, estos mártires hicieron realidad las mismas convicciones de san Pablo.

Los mártires no consiguieron la gloria sólo para sí mismos. Su sangre, que empapó la tierra, fue riego que produjo fecundidad y abundancia de frutos. Así lo expresaba, invitándonos a conservar la memoria de los mártires, el Santo Padre Juan Pablo II en uno de sus discursos: «*Si se perdiera la memoria de los cristianos que han entregado su vida por confesar la fe, el tiempo presente, con sus proyectos y sus ideales, perdería una de sus características más valiosas, ya que los grandes valores humanos y religiosos dejarían de estar corroborados por un testimonio concreto inscrito en la historia*» (Discurso a los participantes en la VIII Sesión Pública de las Academias Pontificias, 7-11-2003, 2: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 21-11-2003, 6).

No podemos contentarnos con celebrar la memoria de los mártires, admirar su ejemplo y seguir adelante en nuestra vida con paso indolente. ¿Qué mensaje transmiten los mártires a cada uno de nosotros, aquí presentes? Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada y esto significa que ellos, o son "mártires", es decir, se adhieren a su fe bautismal de un modo coherente, o tienen que adaptarse.

Ya que la vida cristiana es una confesión personal cotidiana de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre, esta coherencia puede llegar en algunos casos hasta el derramamiento de la sangre. Pero como la vida de un solo cristiano ofrecida en defensa de la fe tiene el efecto de fortalecer a toda la Iglesia, el hecho de proponer el ejemplo de los mártires significa recordar que la santidad no consiste solamente en la reafirmación de valores comunes para todos, sino en la adhesión personal a Cristo Salvador del cosmos y de la historia. El martirio es un paradigma de esta verdad desde el acontecimiento de Pentecostés.

La confesión personal de la fe nos lleva a descubrir el fuerte vínculo entre la conciencia y el martirio. «*El sentido profundo del testimonio de los mártires —según escribía el cardenal Ratzinger— está en el hecho de que testimonian la capacidad de la verdad sobre el hombre como límite de todo poder y garantía de su semejanza con Dios. En este sentido los mártires son los grandes testigos de la conciencia, de la capacidad otorgada al hombre de percibir, más allá del poder, también el deber, y por lo tanto de abrir el camino hacia el verdadero progreso, hacia la verdadera elevación humana*» (Joseph Ratzinger, *Elogio della coscienza*, 2: *Il Sabato*, Roma, 16-3-1991, p. 89).

4. Los mártires se comportaron como buenos cristianos y, llegado el momento, no dudaron en ofrecer su vida con el grito de «*¡Viva Cristo Rey!*» en los labios. A los hombres y a las mujeres de hoy nos dicen en voz muy alta que todos estamos llamados a la santidad; todos, sin excepción, como ha declarado solemnemente el Concilio Vaticano II al dedicar un capítulo de su documento más importante —la constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia— a la «*llamada universal a la santidad*» (*Lumen gentium*, cap. V). Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos. No podemos contentarnos con un cristianismo vivido tibiamente.

La vida cristiana no se reduce a unos actos de piedad individuales y aislados, sino que ha de abarcar cada instante de nuestros días sobre la tierra. Jesucristo ha de estar presente en el cumplimiento fiel de los deberes de nuestra vida ordinaria, entretejida de detalles aparentemente pequeños y sin importancia, pero que adquieren relieve y grandeza sobrenatural cuando están realizados con amor a Dios. Los mártires alcanzaron la cima de su heroísmo en la batalla en la que dieron su vida por Jesucristo. El heroísmo al que Dios nos llama se esconde en las mil escaramuzas de nuestra vida de cada día. Hemos de estar persuadidos de que nuestra santidad —esa santidad, no lo dudemos, a la que Dios nos llama— consiste en alcanzar lo que Juan Pablo II ha llamado «*el alto grado de la vida cristiana*»